

había escrito, y la otra me acompañaba la estampa ó grabado del Sacramento; el trabajo es bueno, pero es muy caro. Tal vez en España hallaremos lo mismo con más economía; me parece que lo mejor será esperar mi llegada á esa de Madrid, que, Dios mediante, no tardaremos, y veremos lo que se podrá hacer.

„Teresa Brendnor me escribió; yo le envié un librito á fin de que recordase mis consejos espirituales, y por ahora parece que sigue bien.

„Tenga la bondad de dar expresiones á las señoras Adoradoras y á todas las colegialas, sin descuidar á D. Gregorio y á D. Besalú: y á Ud. ¿qué le diré? ¿qué? que tenga humildad, paciencia y caridad, y además *le mando* que cuando se halle atribulada se vaya delante del Santísimo Sacramento; dígalé que yo la envío allá para que la acompañe y juntamente con Jesús diga: Padre mío y Esposo mío; si es posible, pase de mí este cáliz; con todo no se haga mi voluntad, sino la tuya: estas palabras repetirá, no segunda y tercera vez, sino muchas veces hasta saciarse.

„Consérvese buena, y mande á su afectísimo servidor y capellán. = *Antonio María*, Arzobispo de Cuba. „

La tercera carta la escribió el Siervo de Dios desde Madrid y la Sra. Vizcondesa la recibió en Barcelona, en donde se hallaba para terminar allí los asuntos de la fundación de una Casa que debía ser la cuarta de su Instituto. Los continuos viajes de la Madre Sacramento en los últimos cinco ó seis años de su vida apenas le permitieron tratar los negocios de su alma con su director más que por escrito. De la carta que ahora citaré se desprenden algunos hechos harto trascendentales para la vida interior de la Vizcondesa, apenas tocados en la *Vida* escrita por D. Vicente Lafuente, tales como los cinco votos que tenía hechos, para ofrecer los cuales al Señor le propone el P. Claret un método excelentísimo que sin duda estaba perfectamente acomodado á la devoción característica de la Vizcondesa. He aquí este interesante documento, que, lo mismo que los anteriores, guardaba la Madre Sacramento con sumo respeto, como reliquia de un santo: „Sra. Madre Sor Sacramento.—Madrid, 19 Noviembre de 1861. —Muy apreciada Madre en Nuestro Señor Jesucristo: He recibido la de Ud. del 17 del corriente mes, y como me pide por

Dios que le conteste, lo hago diciéndole que me parecen bien los tres y los dos votos, que son cinco, en memoria de las cinco llagas, que, como sabe, es mi devoción favorita, y para que usted las ejercite con más mérito, lo hará de la siguiente manera: puesta delante del Santísimo Sacramento, ya sea manifiesto, ya encerrado en el Tabernáculo, considere que lo ve, como clavado en cruz (San Miguel dijo un día á un alma devota (1) que de esta manera era como gustaba Jesús ser contemplado en el Santísimo Sacramento), tome con reverencia y devoción su mano derecha, adórela y reze despacio el Padrenuestro y Avemaría y ofrézcale el voto de pobreza; luego á la mano izquierda, y ofrézcale el voto de castidad; después pase á la llaga del pie derecho, y le ofrecerá el voto de obediencia; hará lo mismo al pie izquierdo y ofrecerá el voto de hacer siempre lo mejor. Note bien lo que digo; estos dos votos corresponden á los pies; así como con los pies caminamos, así toda su marcha ha de ser por obediencia si quiere alcanzar la bendición de Dios, y además, si quiere merecer mucho en todas las cosas, ande siempre con la rectísima intención de hacer siempre lo mejor.

„Finalmente, se acercará á la llaga del costado, que es la llaga del Corazón: dígalé que le ama de veras, que prefiere sufrir mil muertes antes que cometer una falta, aunque leve, advertidamente. Por último, rezará un Padrenuestro y Avemaría, que con los cinco primeros serán seis, que componen la estación mayor: aquí deseará comulgar y, en efecto, comulgará espiritualmente, y pensará entonces que no vive en usted, sino en Jesús, y que se halla como una barra de hierro metida en la fragua, que se derrite y se amolda á la voluntad del artífice; así Ud. se ha de caldear en el amor de Dios y se ha de derretir y amoldar completamente á la voluntad de Dios. Hágalo así y verá lo que le pasará; Ud. misma no se comprenderá ni me lo sabrá explicar, pero yo ya lo sé lo que le pasará, aunque no siempre por más veces que lo repita.

„Mucho me alegro. Hoy hemos tenido besamanos; los señores están muy buenos; ayer noche los ví y hoy también; yo

(1) Esta alma devota debía ser, sin duda, el mismo P. Claret, pues esta expresión le era muy familiar cuando contaba algún favor recibido del Señor para edificación de los demás, como consta positivamente que lo hizo en otros casos.

voy pasando con mis amarguras madrileñas; en todas partes estoy alegre menos en Madrid, es mi calvario; sin embargo, no quiero bajar de la cruz hasta que me desclaven. Mi capellán, D. Carmelo, de resultas de haber ido á confesar un enfermo de viruelas, se le pegaron y ha estado quince días en cama: ayer empezó á levantarse. Tenga la bondad de dar expresiones al Sr. Obispo, que somos muy amigos y le quiero mucho. Expresiones á todas las compañeras que ahí tiene; dígales que me encomienden á Dios y Ud. con ellas, y mande á su afectísimo servidor y capellán.—*El Arzobispo de Trajanópolis.*„

El efecto que obró esta carta en la Vizcondesa y en los que de ella tuvieron conocimiento, fué admirable. Sabémoslo con toda certidumbre por una carta que en 19 de Septiembre de 1880 escribió el Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Pozuelo y Herrero, Obispo que fué de Canarias y ahora de Segovia, al Superior General de nuestra Congregación. Refiriéndose á la época de la carta últimamente citada del Siervo de Dios, escribe: “Por esa misma época, y en la misma ciudad de Barcelona, tuve el honor de tratar á la señora Vizcondesa de Jorbalán, Fundadora de las Religiosas Sacramentarias. Esta señora recibió una carta del Excmo. Claret, que estaba ya en su residencia habitual de Madrid, de cuyo contenido habló á un Canónigo de la Catedral de Barcelona y á mí. Le hablaba en confianza de lo que sufría el santo Varón en el Palacio Real y en la corte, y esto con una humildad, con una caridad, con una prudencia y con tanta abnegación de sí mismo, que los tres, como si estuviéramos de acuerdo, prorrumpimos á la vez con esta exclamación: “Es un Santo, es un Santo...„ El Sr. Canónigo es D. Ramón Polo de Bernabé, varón de una grande virtud y de una acrisolada piedad.„

Todavía tenemos otros documentos de dirección espiritual dados por el P. Claret á la Madre Sacramento respondiendo á las consultas que ésta le había hecho sobre varias cosas de su espíritu. Habiale escrito la Vizcondesa lo muy disgustada que se hallaba en las cosas que hacía, por parecerle que cometía en ellas muchas imperfecciones y que nunca atinaba á hacerlas del modo que debía, y el Siervo de Dios, después de consolarla diciendo que aquello lo permitía el Señor para que se mantuviera humilde, añade: “Pregunta Ud. ¿qué remedio? Respuesta: Humillarse y decir: Señor, no esperéis de mí ja-



La Santísima Virgen pone al Niño Jesús en brazos del Siervo de Dios, mientras celebraba la Misa de Noche-buena en el Colegio de las Adoratrices de Madrid.

voy pasando con mis amarguras madrileñas; en todas partes estoy alegre; menos en Madrid, es mi calvario; sin embargo, no quiero bajar de la cruz hasta que me desclaven. Mi capellán, D. Carmelo, de resultas de haber ido á confesar un enfermo de viruelas, se le pegaron y ha estado quince días en cama: pero empezó á levantarse. Tenga la bondad de dar expresiones al Sr. Obispo, que somos muy amigos y le quiero mucho. Expresiones á todas las compañeras que ahí tiene, dígalas que me encomienden á Dios y Ud. con ellas, y mande á su atencísimo servidor y capellán.—*El Arzobispo de Trajanópolis.*»

El efecto que obró esta carta en la Vizcondesa y en los que de ella tuvieron conocimiento, fué admirable. Sabémoslo con toda certidumbre por una carta que en 19 de Septiembre de 1860 escribió el Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Pozuelo y Herrero, Obispo que fué de Canarias y ahora de Sagovia, al Superior General de nuestra Congregación. Refiriéndose á la época de la carta últimamente citada del Siervo de Dios, escribe: «Por esa misma época, y en la misma ciudad de Barcelona, tuve el honor de tratar á la señora Vizcondesa de Jorbadá, Fundadora de las Religiosas Sacramentarias. Esta señora recibió una carta del Excmo. Claret, que estaba ya en su residencia habitual de Madrid, de cuyo contenido habló á un Canónigo de la Catedral de Barcelona y á mí. Le hablaba en confianza de lo que sufría el santo Varón en el Palacio Real y de la carta, y esto con una humildad, con una caridad, con una prudencia y con tanta abnegación de sí mismo, que los tres, cuando estuviéramos de acuerdo, prorrumpimos á la vez con esta exclamación: «Es un Santo, es un Santo...» El Sr. Canónigo es D. Ramón Polo de Bernabé, varón de una grande virtud y de una acrisolada piedad.»

Todavía tenemos otros documentos de dirección espiritual dados por el P. Claret á la Madre Sacramento respondiendo á sus consultas que ésta le había hecho sobre varias cosas de su vida. Habíale escrito la Vizcondesa lo muy disgustada que se hallaba en las cosas que hacía, por parecerle que cometía muchas imperfecciones y que nunca atinaba á hacerlas de modo que debía, y el Siervo de Dios, después de haberla dicho que aquello lo permitía el Señor para que se convirtiera humilde, añade: «Pregunta Ud. ¿qué remedio? Pregúntele: Humíllase y decir: Señor, no esperéis de mí ja-



J. Thomas y C. — Barcelona

La Santísima Virgen pone al Niño Jesús en brazos del Siervo de Dios, mientras celebraba la Misa de Noche-buena en el Colegio de las Adoratrices de Madrid.

más cosa buena. Todo lo habéis de hacer Vos. Yo no sé cómo me sufrís en vuestras obras. Yo soy como los muchachos pequeños y traviosos, que echan á perder todo aquello en que ponen la mano. Señor, enmendad mis yerros, perdonad mis faltas. Y así irá tirando y pasando adelante hasta la muerte. Ha de ser Ud. como los que tejen la tapicería, que mientras la trabajan la ven al revés y después de terminada ven al recto. „ Á instancias de la Vizcondesa escribió también una pequeña síntesis de los diversos temperamentos, las buenas y malas cualidades de cada uno y las señales para conocerlo, junto con los remedios más convenientes para moderarlos, é hizo ver á la Vizcondesa el que ella tenía y cómo había de encaminarlo. De estas oportunas instrucciones sacó no poco provecho la Madre Fundadora para conocerse á sí misma y saber cómo había de tratar á sus hijas y á sus colegialas.

La dirección del santo Arzobispo se extendía también á estas últimas y á las Religiosas, á las cuales predicaba todos los meses en el día de retiro, y dió varias veces ejercicios espirituales. Las Religiosas Adoratrices, entre otras funciones á que solían invitarle, era ya como costumbre el que fuera una de ellas para celebrar en Navidad la Misa de media noche en la capilla de su Colegio, en la cual todas comulgaban. Después de la Misa les dirigía una meditación y una plática, y pasaba lo restante de la noche en la oración hasta la mañana siguiente, en que celebraba las otras dos Misas conforme á la liturgia de aquel solemne día. Un año, al salir de allí, observó D. Carmelo, su capellán, algo de extraordinario en el Arzobispo, y no sabiendo el motivo hizo alguna señal de sorpresa ó admiración, por lo cual el P. Claret, como á confesor que era de su persona, le dijo en confianza (1): “Esta noche la Virgen Santísima ha puesto el Niño Jesús en mis brazos. ¡Ay! ¡Cuán hermosa era!” Este hecho lo declaró el mismo Sr. Canónigo en el Proceso informativo.

No ha mucho que oí referir á la actual Superiora General de las Señoras Adoratrices, que es una de las que recibieron el hábito de manos del P. Claret, el desconsuelo y el vacío que tanto las Religiosas como las colegialas experimentaron cuando después de la revolución del 68 se vieron privadas de pasar

(1) Declaración del ilustre D. Carmelo Sala. Ad art. 121.

la noche del Nacimiento en compañía del Siervo de Dios. Parecía como que se hallaban huérfanas de padre y no podían acostumbrarse á ver las funciones de Navidad sin la amable presencia del P. Claret y sin oír su fervorosa é insinuante palabra.

La unión de espíritu entre el P. Claret y la Vizcondesa de Jorbalán perseveró hasta la muerte de esta señora, acaecida en Valencia el 24 de Agosto de 1865, cinco años antes de la que á él le aguardaba.

Almas de este temple dirigió en Madrid no pocas, y puede decirse que por medio de cartas encaminaba á la perfección á innumerables personas de casi todas las provincias de España, en donde había dejado oír su palabra apostólica, y aun á algunas del otro lado de los mares, de Cuba y de la América del Sur.

Á otras personas afligidas con dudas acerca de su estado ó vocación, y á quienes no podían tranquilizar otros directores, descubriales el Siervo de Dios, cuando se le presentaban, los designios de la divina Providencia sobre ellas y las enviaba consoladas y animadas. Así pasó á la Fundadora y Superiora General de las Siervas de Jesús, según carta que de ella tenemos escrita desde Bilbao al Sr. Secretario de Cámara del Obispado de Vich. "Hallándome,—dice,—de novicia en un Instituto de Caridad, asaltada de grandes dudas en mi vocación con respecto á la Congregación ú Orden de *clausura ó abierta*, en que Dios Nuestro Señor exigiera mis servicios y fuera por mí más honrado, pedí consejo en confesión acerca del caso á un sabio y virtuoso Padre Jesuíta, y después de bien informado de todos los secretos de mi conciencia, opinó que no debía pronunciar mis votos en la Comunidad que hasta entonces había vivido.

„Esto no obstante, como la lucha de mi alma continuase aún más recia, descubrí á la Madre Superiora la incertidumbre en que me hallaba, y aquella buena Madre me indicó la idea de recurrir en demanda de luces al mencionado venerable Sr. Claret; acepté el pensamiento, y acompañada de la referida Religiosa hice mi presentación á S. E. I., quien, después de oír en confesión general y con gran detenimiento la historia de mi vida y la relación de mi noviciado, me dijo que le concediese tres días para pensar y pedir á Dios inspiración de

la respuesta oportuna; celebró, según también me dijo, tres Misas al Espíritu Santo en cada uno de los días del referido triduo, y al final del mismo me contestó que en nombre de Dios me mandaba profesar en el Instituto de Caridad á que pertenecía, porque *Dios me tenía reservada para lo que me nos pensase*, vaticinando indudablemente con estas palabras el posterior destino que el Señor se ha servido darme escogiéndome, aunque indigna, para Fundadora de este nuevo Instituto de Siervas de Jesús de la Caridad, que inmerecidamente presido. Habiéndole hecho yo la observación de si podría santificarme en el destino que, según me anunciaba, Dios me tenía reservado, me contestó que por modo muy alto y *tanto que muriendo él primero había de salir á recibirme en el cielo, donde cerca del trono de Dios estaríamos eternamente.*

„Posteriormente me aleccionó en el modo de hacer la oración mental, me aconsejó en varios casos difíciles que le consulté y me alentó en los momentos de adversidad más cruda... =La Superiora General, *Sor María del Corazón de Jesús.*—Febrero 15 de 1888.„

La unción evangélica que acompañaba sus palabras para rendir á los pecadores cuando predicaba, brillaba de un modo especial en las exhortaciones que hacía en la confesión; en estas ocasiones, todas sus frases llegaban verdaderamente al alma, y como iban unidas á las muestras de particular amor y compasión que daba á los penitentes, según lo requerían las especiales circunstancias de éstos, no es posible describir la impresión que en ellos causaban y lo consolados y animados que salían de su presencia para luchar contra sus defectos y trabajar en la práctica de las virtudes que más habían menester. Algunas veces, cuando los penitentes eran de extraordinaria virtud, ó los veía que andaban con ansias inflamadas de amar á Dios, solía abajarse su ingenioso celo á preguntarles con una humildad que los confundía: "Hermana mía, enséñeme á amar á Dios: ¿Cómo lo hace Ud. para amarle?„ Y luego de aquí tomaba pie para manifestarles la amabilidad infinita de Dios y lo dignísimo que era de que pusieran en él todo su afecto, y los animaba á perseverar en este santo amor que había de labrar su verdadera felicidad. Todos estos y otros ingeniosos artificios de que se valía su abrasado celo en la di-

rección de las almas, no los sacaba de los libros ni los aprendía en el estudio, sino que los hallaba sin esfuerzo en su corazón abrasado en el divino amor y en el celo de las almas, pues es bien sabido que el corazón enamorado de Dios es el mejor libro para aprender á llevar los hombres al mismo Dios.



CAPÍTULO X

DE LO QUE HIZO EL SIERVO DE DIOS EN FAVOR DEL CLERO Y PARA UNIFORMAR LA ENSEÑANZA DEL CATECISMO.

1. Bien que hizo al clero en general. — 2. Publica *El Colegial ó Seminarista teórica y prácticamente instruido*. — 3. Conveniencias de la uniformidad del Catecismo. — 4. Trabaja por ella, componiendo uno aprobado por Su Santidad. — 5. Escritos del P. Claret en este período. — Hojas volantes y opúsculos. — 6. Obras formales. — 7. Cooperación á otras publicaciones.

1. Una de las cosas en que más se interesó siempre el celo apostólico del P. Claret fué en fomentar el espíritu eclesiástico de los sacerdotes y de todos los ministros del Señor. Por esto le hemos visto con tanta asiduidad aprovechar todas las ocasiones que se le ofrecían para predicar y dar ejercicios al clero, ya cuando recorría como simple Misionero las poblaciones de Cataluña, ya cuando Arzobispo de Santiago de Cuba convocando á los sacerdotes en las principales ciudades de su diócesis, ya cuando confesor de S. M. en Madrid y en las poblaciones en donde los regios viajeros se detenían. Esto fué lo que le impulsó á promover con tan increíble actividad las conferencias eclesiásticas y cuanto contribuía á mejorar la situación moral del clero, no muy halagüeña, por desgracia, en algunas partes.

Tan persuadido estaba el santo Arzobispo de la necesidad de que todos los ministros de Dios fuesen sabios, santos y celosos de la gloria del Señor y de la salvación de las almas, que á esto dirigió muchas de las obras de su apostolado en la prensa, y no es de maravillar que así pensase un Prelado de tanta experiencia y luces celestiales, porque en la oración el mismo Señor le dió á conocer que el triunfo de la Iglesia había de venir por la reformatión de sus ministros. "Esto lo hallé yo, — escribe el P. Claret en sus Memorias, — en una nota de un